

ECONOMÍA ESPAÑOLA, MODELO VIEJO-MODELO NUEVO

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. José Ángel Sánchez Asiaín*

Señores Académicos:

Hace ahora prácticamente siete meses, en junio de 2009, y bajo el título “Competitividad y crisis”, presenté a este Pleno una intervención que trataba de reflexionar en voz alta sobre en qué medida los problemas conectados con la tecnología, la innovación, y la competitividad, de los que habíamos hablado en otras ocasiones, eran los factores que estaban contribuyendo a alimentar esa crisis, y a hacerla peculiar en Europa. También planteé el que estábamos mezclando dos problemas totalmente distintos, la crisis, y la falta de competitividad. Una mezcla que está introduciendo mucha confusión en el diagnóstico de nuestra situación, y especialmente en la definición de las medidas a tomar.

Sostuve que una parte importante de la responsabilidad de lo que estaba sucediendo en relación con esos dos problemas, crisis y competitividad, se debía a que no habíamos sido capaces de tomarnos en serio tres objetivos básicos sobre los que todos los países de nuestro entorno llevan mucho tiempo trabajando. Conseguir un sistema educativo que atienda las necesidades de la nueva sociedad del conocimiento, en el que debe basarse nuestro desarrollo económico. Disponer de una investigación potente y moderna, capaz de crear y absorber tecnología para ese desarrollo. Y capacitar a nuestras empresas para que sean conscientes de que la tecnología es una de las más importantes ventajas competitivas para sostener una economía. Pero alcanzar este objetivo, la competitividad, decía entonces, exige cambios

* Sesión del día 26 de enero de 2010.

en nuestro modelo económico, sobre el que, ya existe consenso generalizado, de que hace tiempo que se agotó.

Y a partir de esta realidad, el debate sobre el desarrollo futuro de nuestra economía debe centrarse, fundamentalmente, en el binomio modelo viejo-modelo nuevo. El primero, modelo viejo, constituye para nosotros, por si mismo, un importante problema, porque nos va a costar mucho desprendernos de él. Y el segundo, también es un problema, porque parece que todavía no sabemos bien en qué consiste, lo estamos mezclando con la crisis y, en todo caso, porque nos llevará mucho esfuerzo y muchísimo tiempo conseguirlo. Hacer ese cambio debe ser nuestra principal preocupación en el orden económico, aunque la verdad es que no nos estamos ocupando de ello. Porque estamos viviendo la crisis, con tal intensidad, que nos olvidamos del verdadero problema, que no es ese, sino tener muy enferma nuestra economía. Es decir, no ser competitivos. En caricatura podríamos decir que la crisis es una gripe, y que el verdadero problema que tiene nuestra economía un cáncer.

Hoy pretendo hablar de esa cuestión. De la situación de la economía española. De la dificultad que tenemos para competir en los mercados internacionales y, desde luego, en nuestro mercado nacional, que lo estamos perdiendo. Y esto es un problema grave, porque competir en los mercados es lo que, al final, constituye el verdadero objetivo económico, y lo que marca nuestro nivel de bienestar como país.

I. EL VIEJO MODELO

En cuanto al modelo viejo, y simplificando mucho, fundamentalmente se caracteriza por estar basado en tecnología muy convencional. Intensivo en trabajo. Con empleo muy poco cualificado. Poco basado en el conocimiento. El mercado de trabajo es dual, y origen de distorsiones. De poco valor añadido y baja productividad. Y con predominio de la pequeña empresa.

Por ejemplo, y en cuanto se refiere a lo “convencional” de nuestra tecnología, es un índice el que el peso de los sectores de alta tecnología (farmacia o electrónica) en el Producto Interior Bruto español, es tres veces menor que en los países con los que nos comparamos. Y es la mitad en los sectores de tecnología media alta (química, automoción o maquinaria).

En lo que se refiere a la utilización de empleo “poco cualificado”, es una realidad que el perfil de formación de los empleados españoles difiere muy significativamente de los estándares europeos, y de los que necesitaría una economía avanzada. Porque, en datos de 2008, el nivel de formación del 42% de los empleados españoles era inferior a los estudios de secundaria, frente al 23% de media de la UE27. Prácticamente la mitad. O la tercera parte de Alemania. Desde hace más de

diez años, un 30% del total de nuestro empleo es temporal, duplicando con creces la media europea. Es grave, pero todavía lo es más que de los empleados españoles entre los 15 y los 24 años el 60% tienen contrato temporal (en la Unión Europea el 40%), y que el 41% de los empleados de 25-29 años (en Europa 20%) también lo tienen. Un período éste, de 15 a 29 años, en que los trabajadores se forman en la empresa. Algo especialmente grave si se tiene en cuenta que en esta situación de trabajo precario ni el trabajador ni su empleador tienen interés en facilitar esta formación.

Completa este cuadro otra característica, muy peculiar, de nuestro viejo modelo. La existencia de un mercado dual de trabajo, que en parte importante está regulado por convenios que no tienen indexado el crecimiento salarial al de la productividad. Y de esta manera, y como consecuencia de esa rigidez en la negociación de convenios, desde hace trece años los salarios españoles han estado creciendo a ritmos superiores al 3,15%. Frente al 0,41% en Alemania, 0,8% en la Unión Europea y 1,33% en Estados Unidos. Lo que redundará, y de manera importante, en el alarmante diferencial, siempre superior al punto porcentual, de inflación que España tiene con Europa desde hace más de una década.

En cuanto a la “estructura empresarial”, característica muy importante de nuestro modelo es el estar integrada, casi en su totalidad, por pequeñas y medianas empresas. Un colectivo que se caracteriza por su baja capacidad de adaptarse a los cambios, y especialmente porque no tienen tamaño suficiente para aprovecharse del empleo cualificado ni de las economías de escala. Más grave es aún que tenemos muy pocas empresas grandes. Esas Pymes dan ocupación en España al 82% del total de los trabajadores, y sólo generan algo más del 60% de los ingresos totales de nuestra economía. En Europa, ese nivel del 82% es el 70%. Y en Estados Unidos el 50%. Y esto explica nuestros resultados finales.

Así pues, nuestro viejo modelo nos ofrece: Tecnología muy convencional. Mano de obra formada al margen de los estándares europeos. Empleo temporal. Mercado de trabajo dual. Y predominio de las Pymes. Peculiaridades que pronostican, y confirman, una alarmante falta de productividad, que siempre termina convirtiéndose en una preocupante baja competitividad.

Y es así, porque, si bien para el conjunto de España los llamados condicionantes básicos de la competitividad, es decir, cómo comparamos en eficiencia de las instituciones, en calidad de las infraestructuras, o en estabilidad macroeconómica, no diferimos sustancialmente de otras economías. Tampoco diferimos en los llamados impulsores de la competitividad, como la eficiencia de los mercados de bienes, de trabajo y financieros, o el acceso a recursos tecnológicos. Y pese a eso, a final, la realidad de la competitividad de España, es decir, la productividad del trabajo, es un 25% más baja que la estadounidense y un 20% menor de la obtenida en la Europa de los 15. Una diferencia realmente apreciable a la hora de competir en los mercados.

Aunque el mejor reflejo de la falta de competitividad de un país es el déficit o superávit de su balanza de pagos. Y en nuestro caso, es déficit, y no ha dejado de crecer desde 2003, para llegar a finales de 2007 a representar el 10% de nuestro PIB. Un camino que nos está llevando a un peligroso endeudamiento financiero con el exterior, y que en estos momentos ha rebasado ya el 160% de nuestro PIB. Es importante recordar que, al menos un 40% de este endeudamiento se debe a nuestro bajo nivel de competitividad.

* * *

Y este es nuestro modelo. Sobre su aportación en el pasado al desarrollo del país, tenemos que reconocer que, en una primera etapa, fue indudablemente importante. Y es claro que nos ha permitido crecer sistemáticamente por encima de la media de la Unión Europea. Porque durante toda esta década, hasta el inicio de la crisis, el diferencial de crecimiento del PIB español respecto a la media de la UE25 fue siempre positivo, superando muchos años el punto porcentual, lo que hizo posible que nuestro país se incorporara plenamente al grupo de los de cabeza de la economía mundial. Una de las razones es que durante unos diez años este modelo ha proporcionado una fuente importante de beneficios, que explican más del 50% del diferencial de inflación. El error fue sin duda no cambiar de modelo a tiempo.

Sí quiero recordar ahora, que el problema del modelo agotado no es nuevo, y que esa realidad era muy conocida ya hace muchos años. Aquí mismo, en estas sesiones nuestras, prácticamente todos los economistas que formamos parte de la Academia hemos venido diciendo lo mismo en distintos momentos: la necesidad de luchar contra el déficit de competitividad que nos estaba acercando a un momento crítico. Preparando esta intervención, he podido repasar lo que en mayo de 1995, hace quince años, expuse en esta Academia. Bajo el título “El debate sobre la competitividad industrial en España”, hablaba entonces de la necesidad de apoyarse en un nuevo modelo de desarrollo económico, más dependiente de la tecnología. Un modelo que debería sustituir al que veníamos utilizando, basado en mano de obra barata, y en el fuerte endeudamiento en el exterior que, cada día estaba más claro que no era sostenible. Que no era sostenible, lo estamos comprobando. Y quiero recordar también que en 2004, el actual Gobernador del Banco de España, unas semanas antes de que ganaran las elecciones los socialistas, y en un artículo titulado valientemente “Cambiar cuando todo va bien”, publicado en El País, sostenía que había que abandonar un modelo de crecimiento basado en la demanda interna, es decir, básicamente en la construcción, e ir a otro basado en la productividad y en la mejora de la competitividad y la educación, en el conocimiento y en la investigación. Anunciando que así lo haría el Partido Socialista, si ganaba las elecciones.

II. ¿COMO HA RESISTIDO EL VIEJO MODELO EL ENVITE DE LA CRISIS?

Pues bien, al final no se ha cambiado nada, y nos hemos encontrado con que el modelo no sólo no servía, sino que, al enfrentarse con la crisis, ha hecho saltar en pedazos los más importantes equilibrios que el sistema mantenía. Voy a tratar de explicar este desmoronamiento, pero no me resisto, ahora, a decir que la historia económica demuestra que un crecimiento económico, sostenido sobre un creciente volumen de deuda, se derriba siempre, y estrepitosamente, en el mismo momento en que las expectativas de beneficios se encuentran con los primeros síntomas de agotamiento de la fuente de deuda a corto. Y así es como nuestro modelo, a partir de su inadecuación a los tiempos que corren, ha introducido en nuestra economía, al menos, tres importantes desequilibrios. Desequilibrio en la estructura del tejido empresarial. En el empleo. Y en lo financiero.

En cuanto al “tejido empresarial”, en el año 2008 el impacto sobre el modelo de la crisis causó la desaparición de unas 80.000 empresas. Para 2009, los datos de afiliación a la Seguridad Social reflejan que las empresas afiliadas desaparecidas serán unas 56.000. Otra ruptura del equilibrio en la estructura del tejido empresarial se ha manifestado en el anormal y exagerado crecimiento de la economía sumergida. Una realidad que ha saltado a la opinión pública por unas recientes declaraciones del Ministro de Trabajo, admitiendo que la economía sumergida suponía ya en nuestro país entre el 16 y el 20% del PIB, es decir entre 160.000 y 200.000 millones de euros. Sorprendió, porque hasta ahora ningún Gobierno había querido reconocer cifra alguna sobre esa realidad. Y rápidamente fue desmentido por la Ministra de Economía y otros miembros del Gobierno. Sin embargo, ese fenómeno es una realidad. Distintos estudios de varios organismos, como el Instituto de Estudios Fiscales, el Banco de España, el Consejo Económico Social, el Banco Mundial o la Unión Europea, ya habían situado la economía sumergida española del año 2008 entre el 20 y el 25% del PIB. Hoy puede ser mayor. Y esos estudios dicen que España, junto a Italia, Grecia y Portugal, están a la cabeza de los países de Europa con más porcentaje de economía sumergida. Pensemos lo que significan 200.000 millones del PIB que no existen formalmente.

En lo que respecta al “empleo”, es claro que estamos en uno de los peores años de su historia, supuesto que las cifras oficiales anotan 3.924.000 parados. Un récord histórico. Aunque los expertos entienden que esa cifra no es correcta, porque la estadística oficial no incluye importantes colectivos. En todo caso, a finales de 2009 España tenía una tasa de desempleo de 19,4%. Sólo Letonia le superaba entre los Estados miembros de la Comunidad Europea. Y es significativo que la tasa de desempleo entre menores de 25 años, que para toda la Comunidad Europea se situaba en el 21%, en España, el país con más desempleo juvenil, ascendía al 43,8%. De lo que no hay ninguna duda es que el principal responsable de esta destrucción

de empleo, que tanto nos separa de lo que está sucediendo en Europa, es fundamentalmente la inadecuación del modelo.

A esto hay que añadir que también hemos perdido el ritmo de crecimiento económico, porque acabamos de saber que en 2009 crecimos por debajo de la media comunitaria, y que así va a ser también, al parecer, en 2010, habiendo perdido la ventaja que habíamos sacado a Italia en renta per cápita, país que hoy ya se encuentra de nuevo por delante de nosotros.

Importante ha sido también el desequilibrio financiero. Porque el déficit en torno al 10% de nuestra Balanza de Pagos, del que hemos hablado, se ha ido traduciendo, día a día, en un insostenible endeudamiento de España en el exterior. A 30 de junio de 2009, nuestro endeudamiento externo "neto" ascendía a 1.154.000 millones de euros. El 108% del PIB. Y al cierre del tercer trimestre de 2009, último dato conocido, el volumen de deuda del conjunto de las administraciones públicas españolas había alcanzado el 49,7% del PIB, 2,6 puntos más que el trimestre anterior y diez puntos por encima del endeudamiento al cierre de 2008. De aquel total de 1.154.000 millones, correspondían al endeudamiento de sistema financiero 586.000 millones de euros, el 55% del PIB. Hace doce años ese endeudamiento no llegaba al 1%. Lo que esa cifra ha significado de ruptura violenta en nuestro sistema, explica muchas de las cosas que están sucediendo. Porque en doce años nuestro endeudamiento se ha multiplicado por 61, algo inusitado, que nos está planteando importantes problemas.

Por ejemplo, cómo la banca va a poder renovar esa deuda. Y a qué tipos de interés puede hacerse esa reconversión. Y a qué plazos, especialmente en un entorno de escasez financiera, con los más importantes países solicitando recursos. Y con la difícil posición que puede tener la deuda española por su baja calificación en los ratings internacionales. Por de pronto, el Banco de España ya ha advertido que el informe de Standard & Poors revisando la calidad de la deuda española ha encarecido el coste de ésta. Y es posible que los mercados puedan llegar a preguntarse sobre la capacidad de pago de economías como la nuestra, muy endeudadas, con una situación que no está bajo control. Algo de lo que ya se está hablando estos días en la prensa estos días.

Otro problema, cómo la banca va a poder facilitar el crédito necesario a las empresas y a las familias. Porque esos 586.000 millones de euros de deuda exterior de la Banca, sostienen el crédito a las empresas y a los hogares. Y ese crédito no será posible mientras las entidades financieras no se hayan normalizado. Esta es otra cuestión. Porque la capitalización y la reestructuración de las entidades financieras no ha hecho más que empeorar. Y su situación sigue siendo frágil, no pudiéndose descartar nuevos incidentes en el sector.

En todo caso, es una realidad que, mientras el crédito no vuelva a fluir con regularidad, no será posible una reactivación consistente de la economía. Todavía hace unas semanas que el Secretario de Estado ha dicho que el crecimiento del crédito será limitado en 2010, y que el sector financiero se enfrentará a dificultades de rentabilidad. Y es una realidad el que, por el momento, ni en Estados Unidos, ni en Europa, ni en España, el crédito está discurriendo con normalidad. Y así se mantendrá hasta que el sector financiero recomponga sus balances.

Por otra parte, la Agencia de Calificación de Riesgo Moody's ha advertido hace unos días que 2010 será un año difícil para los emisores de deuda soberana de Europa. Y estas advertencias deben ponernos en guardia por las enormes necesidades de emisión de deuda que tenemos en España. En este 2010 el Tesoro Público necesitará emitir títulos por un importe de 211.500 millones de euros, lo que supone que en dos años las emisiones de deuda española se han duplicado prácticamente. Y si tomamos como referencia 2007, se habrán multiplicado por cuatro, colocando la deuda del Estado en circulación en unos 557.000 millones de euros.

En cuanto se refiere a la vuelta a los equilibrios originales a las magnitudes de partida, constantemente nos preguntamos cuándo volveremos a la normalidad. Ya hablé aquí en junio de esto. Pero la respuesta es cada día más clara. Hace no mucho tiempo que los economistas de Estados Unidos han empezado a utilizar el término "nueva normalidad". Una expresión que nos dice, de forma terminante, que lo que hasta ahora hemos tenido como normalidad, ya no es el objetivo. Incluso es posible que esa normalidad nunca haya sido tal. Tendremos pues que borrarlos de nuestros objetivos alcanzar ese nivel. Y no hay duda de que ni el sistema financiero, ni la economía real, han asimilado por completo el impacto de lo que ha pasado. Entre otras cosas, y por lo que respecta al sistema financiero, que es la espina dorsal de todo lo que viene sucediendo, todavía no ha dejado conocer de verdad su estado, ni ha dado muestras de que vaya a hacerlo.

III. EL CAMBIO DE MODELO: LA RUTA

La tarea ahora es pues cambiar el modelo. Y en relación con esto, ya no hay ninguna duda de que entre los expertos existe un amplio consenso sobre lo que hay que hacer. Necesitamos un modelo económico que aproveche el avance tecnológico. Y ello requiere mano de obra cualificada, que solamente podremos conseguir si empresas y trabajadores optan por una formación continua. Y si esto es así, nuestras Pymes serán cada día más tecnológicas y su potencial de crecimiento mayor.

Obviamente, ya lo hemos dicho, y debemos tenerlo muy presente, cambiar de modelo no es fácil, y exigirá tiempo, muchísimo tiempo. Y si queremos ser serios, lo primero que deberíamos hacer es empezar a trabajar en los tres objetivos

básicos sobre los que todos los países de nuestro entorno llevan ya mucho tiempo empeñados. Los he recordado al principio. Conseguir un eficiente sistema educativo. Disponer de una investigación potente, moderna, eficaz, capaz de crear y absorber tecnología. Y lograr que nuestras empresas sean conscientes de que la tecnología es la verdadera ventaja competitiva.

En todo caso, tendremos que ser muy rupturistas. Tomar muchas medidas. Cambiar muchas actitudes. Alterar muchas prioridades. Y ser conscientes de que la variable tiempo es fundamental, y que nada, o muy poco, se puede conseguir en el corto plazo. Y ello nos obliga a empezar desde ya. Porque el retraso que llevamos es notable. Estamos pagando el no haber hecho los deberes a su tiempo.

Por vía de recordatorio, y refiriéndonos sólo a unas cuantas medidas, de las que hay que tomar, y de las que ya hemos hablado innumerables veces aquí, quiero citar muy rápidamente las siguientes. No sé si son las más importantes, pero importantes sí lo son. Son éstas:

Mejorar nuestro nivel tecnológico. Un cambio estructural que será lento, pero absolutamente imprescindible. Necesitamos para ello, y urgentemente, nuevas empresas de base tecnológica. En los años de bonanza se consiguió crear en España un conjunto de unas 12.000 empresas, que ya sistemáticamente realizan actividades de investigación y desarrollo. Hablé mucho de estas empresas en el mes de junio. Entonces llamaba la atención sobre el peligro que corrían de desaparecer por falta de financiación. Alguna ya ha suspendido pagos. Por lo tanto muy poco por ellas hemos hecho. Yo diría que nada. Pero la realidad es que para el nuevo modelo necesitamos que, en un plazo relativamente corto, este grupo crezca hasta superar las 40.000 empresas. Y desde luego, también habrá que cambiar el peso que en nuestra economía tienen los sectores de alta y media tecnología. Esto no será difícil de conseguir si existe financiación, porque España puede presumir de un excepcional plantel de empresarios. Y necesitamos que las empresas que hoy operan en sectores tradicionales, incorporen cuanto antes a sus procesos nuevas tecnologías, muchas de ellas disponibles en el mercado desde hace ya tiempo. Tendremos también que abordar el problema del pequeño tamaño de nuestras empresas.

Y algo fundamental. La primera operación que hay que iniciar, aunque sea de largo recorrido, es la educación. Porque no podemos seguir con los niveles educativos que tenemos. La educación primaria deberá asumir la responsabilidad de inculcar los valores y hábitos que hacen innovadora a una sociedad. Tenemos un agujero muy profundo en formación profesional. Sus enseñanzas deberán ser simplificadas y redefinidas, partiendo, y esto es lo verdaderamente importante, de las necesidades reales de las empresas y no de delirios teóricos. Y habrá que cuidar, y exquisitamente, la calidad de la formación superior. En todo caso, es claro que cualquier mejora en esta línea, no tendrá resultados apreciables hasta pasados por lo menos diez años.

También tendremos que mejorar, y rápidamente, nuestro nivel de gasto de las empresas en I+D. Recordemos que el Ministerio de Ciencia e Innovación redujo su presupuesto para 2010 el 15%, constituyéndose en el segundo Ministerio más perjudicado por la restricción, después de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino, aunque posteriormente el Parlamento atenuara esta baja, colocándola en una reducción del 8,7%. Y recordemos que la financiación “privada” en I+D en 2008 supuso en España el 0,61% del producto interior bruto, muy lejos del 1,44, más del doble, financiado por las empresas en el conjunto de la OCDE. Y sabemos bien que para ello será imprescindible “cambiar la cultura”, no sólo de los empresarios, sino de todo el país. Una cultura en la que crear, adquirir y utilizar el conocimiento, es un valor importante y exige una gran convicción. Porque de ella nacen empresarios capaces de crear y gestionar empresas innovadoras. Trabajadores que aprovechan el potencial de la tecnología. Y compradores exigentes.

Así pues, el objetivo, ahora, debe ser: más tecnología en sectores tradicionales, más empresas en sectores de alto valor añadido, mayor presencia en mercados emergentes, y mayor cuota de mercado interno. Y la ruta a seguir implica la definición urgente de políticas agresivas, tanto del sector público como del sector privado. En cuanto al sector público, mayor nivel educativo de la sociedad y mejor calidad de la investigación. Es decir, más excelencia y mejor capacidad de transferencia tecnológica. Y en lo referente a las políticas del sector privado, un mayor papel de la tecnología en las estrategias empresariales. La formación continua en las empresas. Políticas de fomento de la calidad. Mayor gasto empresarial en I+D privada, y mejor aprovechamiento de la I+D pública. Una mayor internacionalización. Y muchas más cosas que afectan a los dos ámbitos. Flexibilizar el mercado de trabajo. Volver al equilibrio presupuestario. Reforzar la oferta productiva. Apostar por el mercado en lugar de por la intervención. Por la competencia en lugar de la planificación. Por la flexibilidad en lugar de la rigidez. Y se impone, desde luego, el que, con urgencia, las retribuciones salariales se vinculen a la productividad y no a la inflación. En el Banco Central Europeo no se entiende que en España los salarios estén creciendo por encima de la media europea. Y mucho menos entienden que los empleados del Estado disfrutaran en 2008 de un incremento salarial del 3,8% frente al modesto avance de ocho décimas del índice de precios de ese año.

Pero lo que debe ser objetivo inmediato es solucionar nuestro problema de endeudamiento con el resto del mundo. Esto será difícil, en la medida en que la valoración del riesgo de los mercados financieros internacionales ha cambiado drásticamente con la crisis. Y a ello no ayuda el crecimiento actual del déficit presupuestario. Si además, la Comisión Europea nos obliga a reducir en tres años el déficit del Presupuesto hasta llegar al 3%, el esfuerzo tendrá que ser muy importante. No será fácil, porque, desde luego, puede mejorarse la línea de los ingresos públicos, pero no será suficiente, y ello requerirá una disminución drástica del gasto público, que dada la estructura de nuestro Presupuesto debería centrarse necesariamente en sala-

rios y gastos corrientes, algo que va a ser de difícil planteamiento. Una gran tarea pendiente, como hemos podido ver. Esperemos que esta vez nos enfrentemos a ella sin reservas y con las medidas adecuadas.

Pero nuestro viejo modelo, y la crisis, nos están planteando con urgencia, y con matices que acentúan su gravedad, un problema del que ya hemos hablado. Me refiero al endeudamiento de la economía española con el resto de Europa, que es muy serio. Un problema siempre difícil, pero mucho más en estos momentos, en los que la valoración del riesgo de los mercados financieros internacionales ha cambiado drásticamente con la crisis, y por el que podemos estar perdiendo credibilidad como solventes.

Nuestro endeudamiento procede de dos fuentes. El déficit de la Balanza de Pagos, y el déficit presupuestario. Y los dos están siendo financiados con recursos exteriores. La corrección de este déficit de la Balanza de Pagos pasa por la mejora de la competitividad de nuestra economía. Y de ello hemos hablado abundantemente. Siempre teniendo en cuenta que la solución sigue estando en las reformas estructurales.

Por lo que se refiere al déficit presupuestario, éste ha pasado del superávit de 1,9% del PIB en 2007, hasta el déficit, más menos, del 11,5% con que se cerrará 2009. Un déficit resultado, por una parte, de la caída de los ingresos públicos motivados por la crisis, y un fuerte incremento del gasto público justificado por las ayudas fiscales y el creciente coste de las prestaciones sociales. Todo lo cual está situando el gasto presupuestario cerca del 46,5% del PIB, niveles no alcanzados desde principios de la década de los 90. La solución a esta realidad pasa por incrementar los ingresos y reducir los gastos. En relación con los ingresos, los expertos entienden que será muy difícil en los próximos Presupuestos, por muchos esfuerzos que se hagan, que la recaudación pueda situarse muy por encima del 38% del PIB (2009 cerrará con el 35%). Por lo tanto, será necesario poner en marcha una drástica, yo diría que violenta, reducción de gastos. Hay un condicionante más. La Comisión Europea nos está obligando a reducir en tres años el déficit del Presupuesto, hasta llegar al 3%, con lo cual, el sacrificio que habrá que hacer en la línea de reducir el gasto público deberá ser realmente notable. Y muy difícil. Especialmente teniendo en cuenta que esa reducción debería centrarse en el gasto corriente, fundamentalmente en la rúbrica "Remuneraciones". Algo difícil. Y duro. Pero Irlanda ya ha recortado los salarios públicos radicalmente. Y el nuevo gobierno griego ha prometido grandes recortes en esta línea. Nos debería dar una pista de la capacidad de reducción, el hecho de que el número de puestos de trabajo del sector privado desaparecidos en el tercer trimestre de 2009 respecto a 2008 fue del 8,8%, mientras que el conjunto de administraciones públicas siguieron generando empleo al ritmo del 2,2%.

Tenemos que tener muy claro que, si no resolvemos ese problema, nos va a plantear otro muy grave, en relación con los mercados internacionales y la valoración que estos están haciendo, a medida que transcurre el tiempo, sobre el temor de impago de algunos países de Europa occidental. No podemos olvidar que Portugal, Irlanda, Grecia y España, están sufriendo en los últimos tiempos un importante aumento de su prima de riesgo, lo cual no es una buena perspectiva. Al margen de que, inevitablemente, ello encarece la financiación. Y empeora el déficit. Necesitamos por ello restaurar nuestra credibilidad fiscal, tomando medidas drásticas.

Pero, en todo caso, téngase en cuenta que, aunque las cosas discurrieran así, y cumpliéramos el objetivo de la Comisión Europea, seguiríamos acumulando déficit, que podría situar la deuda en una cifra que duplicaría los 381.000 millones de 2007. Con esta realidad, los expertos concluyen que es posible que los mercados financieros pusieran en cuestión el nivel de solvencia de las administraciones públicas españolas, no tanto por su nivel de deuda, que todavía estaría dentro de los límites aceptables, sino por el importante volumen del deterioro en un breve periodo de tiempo. Y ese es el problema, y nuestro agujero negro. En todo caso, los mercados están esperando una señal de que somos capaces de resolver el problema y de enfocar bien la solución. Es decir, que tenemos el control de nuestras finanzas.

Todo ello quiere decir, y aquí termino, que, por una parte, es fundamental que, lo más rápidamente posible, instrumentemos todas las medidas, que ya conocemos, para ganar competitividad, aún reconociendo que este esfuerzo, por importante que sea, arroja resultados a medio-largo plazo, y no antes. Por otra, y ya en la urgencia del corto, serán necesarias medidas “muy valientes” para reducir el déficit presupuestario. No olvidemos que en la última década España ha sido el país desarrollado donde más rápido ha crecido la deuda, y que, ahora, de la gestión que hagamos de ella dependerá la salida de la crisis. Y especialmente para dar la imagen de que controlamos nuestro endeudamiento. Y esto es lo urgente en estos momentos. Sin embargo, hasta ahora no se ha puesto en marcha ningún programa creíble de estabilización de las cuentas públicas.

Un rayo de esperanza lo constituye el hecho de que parece que en las próximas semanas se van a tomar decisiones muy importantes, que van a afectar a la recuperación económica, y a la tasa de crecimiento potencial de nuestra economía. Y hoy mismo, la prensa de la mañana anuncia lo que puede ser un Plan de Austeridad del Gobierno que recortará 50.000 millones de euros del gasto en tres años. Es importante, y sería suficiente para poner un poco de orden en nuestras cuentas. Supone un 4% anual de todo el gasto de todas las administraciones públicas, Estado, comunidades y municipios. La duda es si será un plan será viable, dado el escenario en que se plantea. Porque exigiría un Pacto de Estado.

En un momento en el que los mercados financieros nos están examinando con lupa, la calidad de esas decisiones de política económica determinará si somos capaces de entrar en una dinámica que nos permita abordar la transición hacia el nuevo modelo económico, y de hacerlo en un tiempo razonable. Pronto veremos si lo somos.

En todo caso, no olvidemos que el objetivo para garantizar el futuro es la competitividad.